

EL «DESIERTO» EN ISAIAS

EN el extenso «Libro de Isaías», por su mismo contenido, no pueden faltar el término y los símiles para exponer a aquel auditorio cerril y sordo los males que padecían por sus prevaricaciones, o los que se les avecinaban por sus muchas culpas: el «desierto», lugar casi infinito, lleno de peligros: calor y frío intensos; sed, hambre y cansancio; las fieras y la soledad, en fin, es lo que predicía el profeta ante aquellas ciudades, prósperas entonces, pero abandonadas, castigadas por Yavé en un futuro cercano. Olvidadas de Dios, serían «desierto» sin tardar mucho.

Aun no conociendo el desierto por definición o por experiencia, es fácil imaginar su aspecto con las notas y cualidades que de él nos da el profeta Isaías. Del «desierto» se nos dice que es «un lugar, paraje o sitio despoblado de edificios y gentes»; como adjetivo, lo mismo que «despoblado, solo, inhabitado», que equivale a «desolación, soledad». Y de ésto hay mucho en Isaías. Siempre le menciona para indicar cómo quedaría el pequeño mundo integrado por aquellos pueblos orgullosos, convencidos quizá de que su poder y prosperidad no serían superados o debilitados por nada ni por nadie.

El desierto según se deduce, es la extensión y la cantidad: «...sus sarmientos iban a perderse en el desierto, y sus pámpanos »llegaban hasta muy lejos, y pasaban el mar» (16⁸).

«Tu descendencia sería como los granos de arena; los frutos »de tus entrañas, como el polvo» (48¹⁹).

Negativamente, nos dice también qué es el desierto: lugar sin agua, sin caminos, falta de vegetación y de seres humanos, silencioso, como en su aposición: «...el desierto, la tierra espantosa» (21¹).

Para los hebreos no era el desierto cosa ignorada; les venían hablando desde siglos de él, donde Yavé hizo prodigios para mantener a sus escogidos y alentarles en la fe. Además, la región que les adjudicó Dios en la tierra como suya está rodeada de desiertos por el Este y por el Sur: los de Siria, Etán, Sur, Farán, Sinaí Arabia, lugares que el «libro de la Ley» menciona con frecuencia. Y bien pudo Isaías en alguna ocasión haberse asomado a sus lindes, meditar qué era el desierto, situar la proeza israelita en su imaginación, y componer después esta flor de símiles con que aconsejar a olvidadizos. Ha logrado una especie de «libro del desierto», ya que el término aparece hasta 26 veces con función de sustantivo y 12 con la de adjetivo. («Sagrada Biblia», versión de Nacar-Colunga, B. A. C., 5.^a edición, Madrid, 1953.) Incluso un oráculo se llama «sobre el desierto del mar» (cap. 21), invitando a elamitas y medos para que, despiadados, se lanzasen contra Babilonia, único modo de que Jerusalén recobrase su libertad:

«¡Ay de ti, devastador, que no has sido devastado! ¡Ay de ti, saqueador, que no has sido saqueado! Cuando acabes de devastar serás tú devastado; cuando acabes de saquear serás tú saqueado» (33¹).

El profeta había de exponer, en mensajes ingratos, las órdenes de que era portador, tanto a unos como a otros; debía preferir estos vaticinios dolorosos e increíbles en un presente, feliz pero corrompido, que no auguraba como posibles los males descritos por el «hombre de Dios», aguafiestas intransigente:

«Porque este pueblo es un pueblo rebelde, son hijos »fementidos, que no quieren escuchar la Ley de Yavé. Que »dicen a los videntes: No veis; y a los profetas: No nos ha »bláis más que de castigos. Decidnos cosas halagüeñas, pro »fetizadnos mentiras; apartaos del camino, quitaos del »sendero, dejad de poner a nuestra vista al Santo de Is »rael» (30⁹⁻¹¹).

Para el vidente no era un secreto sino certeza, lo que se avicinaba:

«Viene de tierra lejana, de los confines de los cielos,
»Yavé con los instrumentos de su furor, para asolar la tierra toda» (13⁵).

Yavé llegaría para hacer de la tierra un desierto, porque puede, cuando quiere, convertir el emporio en ruina y «tornar su desierto en vergel» (51³). Esgrime el miedo como arma; después, en el alba del arrepentimiento, será la del amor. Era inmediata la desolación, cuya semejanza había de hacer ver con algo que los oyentes tenían a mano; y aquí es donde desarrolla los símiles más expresivos y numerosos, como no se encontrarían en parte alguna, y que a su mente acuden con facilidad.

El desierto, desolación.

Dios, para castigar tanta maldad e idolatría, vendría sin tardar, portando «los instrumentos de su furor», afeitando como «con navaja alquilada» (7²⁰) en los hombres de todas aquellas ciudades: Jerusalén, Damasco, Babilonia. Propias y ajenas, todas conocerán el mismo final, pues no oyen ni quieren entender; serán semejantes a un «désierto»:

«Sí, la ciudad fuerte fue asolada, ha quedado desierta,
»abandonada como un desierto» (27¹⁰);

«...Sarón es un desierto. Basán y el Carmelo han perdido su follaje» (33⁹);

«Damasco, borrada del número de las ciudades, no es
»más que un montón de ruinas. Sus ciudades, desiertas
»para siempre, sirven de majada a los ganados» (17¹⁻²).

La idea de «hacer de la tierra un desierto» es reiterada por Isaías con más frecuencia que otras. Nada evoca el desastre e inhospitalidad como imaginarla convertida en desierto oscuro:

«Ved que se acerca el día de Yavé, y cruel, con cólera
»y furor ardiente, para hacer de la tierra un desierto y exterminar a los pecadores. Las estrellas del cielo y sus lu-

»ceros no darán luz, el sol se oscurecerá en naciendo, y la
»luna no hará brillar su luz» 13⁹⁻¹⁰).

Y en boca del mismo Dios pone Isaías, apenas llamado al ministerio profético, estas palabras:

«¿Hasta cuándo, Señor? — Y El respondió: Hasta que
»las ciudades queden assoladas y sin habitantes, y las casas
»sin moradores, y la tierra hecha un desierto. Hasta que
»Yavé arroje lejos a los hombres, y sea grande la desola-
»ción en la tierra» (6¹¹⁻¹²).

Dicho y cumplido, a Yavé habían de volver en «Plegaria pidiendo la liberación», pintándose tal cual estaba la humanidad:

«Tus ciudades santas están hechas un desierto, Sión es
»un desierto; Jerusalén, un lugar assolado» (64¹⁰).

Recurre a una comparación muy descriptiva en todo momento: «La tierra está de luto, entristecida» (33⁹). Culmina la desgracia y la tristeza cuando falta el agua, con el «mar seco y los ríos convertidas en desierto»:

«Las aguas del mar se agotarán, y el río se consumirá,
»se secará. Los canales se estancarán, los canales de Egipto
»bajarán y se secarán; juncos y cañas se doblarán. Los
»prados del Nilo, a las riberas del río cuanto el Nilo hace
»crecer, se secará, caerá, morirá» (19⁵⁻⁷).

Y muestra más firme el poder de Yavé:

«... Con sólo mi amenaza seco el mar y torno en desier-
»to los ríos, hasta perecer sus peces por falta de agua y
»morir de sed sus vivientes» (50²).

No podía el profeta dejar de exponer algo más doloroso al auditorio: imaginar a los pueblos sin vida, porque llegaría la «Devastación universal»:

«Y están las ciudades desiertas, en ruinas, cerradas las
»casas, sin que nadie entre en ellas» (24¹⁰);

«Las calles están desiertas, no hay quien pase por los caminos» (33⁸);

«Los palacios están desiertos, desierta la ciudad ruidoso, torres y fortalezas devastadas» (32¹⁴);

«Ciudades asoladas y sin habitantes, y las casas sin moradores» (6¹¹).

La mejor descripción de abandono en una casa es la falta de puertas o el chirriar sobrecogedor de una, movida a impulso del viento, llenando el silencio. E invoca el hagiógrafo:

«¡Gime, oh, puerta!» (14³¹);

«La ciudad ha quedado en soledad y las puertas, abatidas, en ruinas» (24¹²);

«Sus puertas se entristecerán y gemirán» (3²⁶).

Todo estará a merced de saqueadores, y lo más probable es que: «...el clavo que estuvo hincado en lugar firme será arrancado y caerá roto, y el peso que de él pendía se perderá» (22²⁴). Y con unas pinceladas breves, expresión original de esa ruina y soledad, dice que nadie ni nada quedará en la tierra, «como cuando se sacude el olivo, como cuando se hace el rebusco después de la vendimia» (24¹³); «como una cabaña de viña, como choza de melonar, como ciudad asolada» (1⁸).

El ganado en masa busca su pasto lejos de la urbe. Pisan, comen y destrizan, sin entrar los hatajos en lugares con cultivos delicados. Las ciudades damascenas «sirven de majada a los ganados. Allí duermen sin que nadie los espante» (17²). Los palacios de Judá serían cuevas, lugar de descanso para los asnos salvajes y de pasto para los ganados» (32¹⁴). Babilonia, por sus muchos males, se había de ver en peor situación porque «ni se apacentarán allí ganados. Morarán allí las fieras, y los buhos llenarán sus casas» (13^{20,21}) solamente.

Flora y fauna desérticas.

El cultivo es escaso en el desierto, y en despoblado o en terreno abandonado son características una serie de plantas, que Isaías

nombre para presentar la ruina inminente: «cardos y espinas» (32¹³), «ortigas y cardos» (34¹³). Así:

«La iniquidad se ha encendido como fuego, que devora
»cardos y zarzas, y consume la maleza del bosque, subiendo
»el humo en remolinos» (9¹³).

La viña de Yavé Sebaot «quedará desierta, no será po-
»dada ni cavada, crecerán en ella los cardos y las zarzas, y
»aun mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella» (5⁵).

«Se cubrirá de cardos y zarzas. Y se entrará allá con arco
»y saetas, pues toda la tierra será espinas y cardos. Y a los
»montes que se cavaban y escardaban no se irá ya, por temor
»de las espinas y los cardos; quedarán para pasto de bue-
»yes y para ser pisoteados por el ganado» (7^{24,25}).

Aparecen en el desierto, esporádica o habitualmente, algunos animales, verdaderos amos del silencio, al acecho del menor rastro de otro ser vivo, humano o no, para hacer más completa su soledad y la del desierto más temible. En el «Libro de Isaías» salen a cuento los animales salvajes y aves de despoblado, también criaturas de Yavé, a los que alude: el mundo todo alaba a Dios, su Creador.

Menciona a las «fieras», en general; y a los «chacales», «leones» y «avestruces»; los «sátiros» fantásticos; «perros y gatos» salvajes; los imaginarios «dragón volador» y «fantasma nocturno», «lobos», «serpiente» y «víbora»; y a muchas aves de mal agüero, nocturnas o carnívoras: buhos, pelícano, mochuelo, lechuza, cuervo, buitres. Los versículos 11, 13, 14 y 15 del «Juicio contra las gentes» (cap. 34) son un muestrario de la fauna carnívora o símbolo de muerte y soledad. Del estado futuro de Babilonia dice:

«Morarán allí las fieras, y los buhos llenarán sus casas.
»Habitarán allí los avestruces, y harán allí los sátiros sus
»danzas. En sus palacios aullarán los chacales, y los lobos
»en sus casas de recreo» (13^{21,22}).

En cuanto a Edom:

«Se adueñarán de ella el pelícano y el mochuelo, la ha-
»bitarán la lechuza y el cuervo. Echará Yavé sobre ella las

»cuerdas de la confusión y el nivel del vacío, y habitarán en ella los sátiros, y todos sus nobles serán exterminados. Allí ya no habrá reino, y desaparecerán todos sus grandes. En sus palacios crecerán las zarzas, en sus fortalezas las ortigas y los cardos, y serán morada de chacales y refugio de avestruces. Perros y gatos salvajes se reunirán allí, y se juntarán allí los sátiros. Allí tendrán su morada el fantasma nocturno, y hallará su lugar de reposo. Allí hará su nido la serpiente y pondrá sus huevos, los incubará y los sacará. Allí se reunirán los buitres y se encontrarán unos con otros» (34¹¹⁻¹⁵).

Los animales domésticos, especialmente «camellos», «dromedarios» y «asnos», eran los vehículos para huir de la desolación en un éxodo forzoso. Los pueblos malditos:

«Aparejan las bestias de carga para ir al mediodía, a través de una región desierta y desolada, de donde sale el león y la leona, la víbora y el dragón volador. Llevan a lomo de asnos sus riquezas, y sobre la giba de los camellos sus tesoros, para un pueblo que de nada sirve» (30⁶).

Terrible, sin vida, cruel, es el desierto para Isaías; no obstante, una insignificancia siempre para compararlo con el dolor que espera a los pecadores. Y monótono, apenas dibujándose una ondulación un descanso para la vista; todo interminable. Sólo en dos momentos de su libro insinúa algún accidente geográfico: las «rocas del desierto» (16¹), quizá las de uno rodeado de montañas; y el «monte del desierto» (21¹³), que bien pudiera ser una colina arenosa de las innumerables que se forman y desaparecen con facilidad.

Poder divino.

El desierto es indomable y de difícil tránsito. Hasta ahora representa temibles males, por castigo de Yavé; en adelante sirve para exaltar el infinito poder de Dios, que «hace que el desierto hable», «pone agua en el desierto» y «torna la soledad en paraíso». Es Creador y Dominador de todo. Dice Isaías a Babilonia:

«Ved que se acerca el día de Yavé, y cruel, con cólera y furor ardiente, para hacer de la tierra un desierto» (13⁹).

Aparecen todos los ejemplos en el «Libro de los consuelos». Se ca el mar y torna en desierto los ríos (50²), pero también puede actuar en contrario, poniendo «agua en el desierto, y torrentes en las tierras áridas» (43²⁰). «...porque yo derramaré aguas en el desierto, arroyos en lo seco» (44³). Y similares ideas en 35^{6,7}; 48²¹; y 41^{18,19}.

Más milagroso es esto para invitar al buen camino; los hebréos debían creer, porque su historia contenía ejemplos suficientes:

»De cierto Yavé consolará a Sión, consolará todas sus ruinas y tornará su desierto en vergel, y su soledad en paraíso de Yavé, donde habrá gozo y alegría y cantos y alabanzas« (51³).

»Yavé será siempre tu pastor, y en el desierto hartará tu alma y dará vigor a tus huesos. Serás como huerto regado, como fuente de aguas vivas, que no se agotan jamás. Edificarán tus hijos las desiertas ruinas, y alzarás los cimientos primeros; y te llamarán reparador de las brechas, y restaurador de las casas en ruinas» (58^{11,12}).

»Yo, Yavé... tomaré el desierto en estanque, y la tierra seca en corrientes de agua. Yo plantaré en el desierto cedros y acacias, mirtos y olivos. Yo plantaré en la soledad cipreses, olmos y alerces juntamente» (41^{18,19})

Y en el «Canto triunfal en honor de Yavé» se mezclarán los clamores de la tierra toda:

»Alce su voz el desierto, y las ciudades y las aldeas que habitan Cedar» (42¹¹).

...y consuelo.

Aparece un resquicio de esperanza. Tenía el profeta que notificar a su pueblo y a los vecinos esos tristes vaticinios, para después pulsar la cuerda dulce del consuelo, utilizando los mismos términos: el «desierto», pero ya en «plegarias y cantos de liberación», la «esperanza en el justo y en el libertador», la paz que llegaría a la

nueva Sión con el Mesías. Apuntaba «la salvación» siguiendo las normas del vidente.

Sus palabras tienen tono de bondad, de sosiego, poniéndoles al frente una descripción de Dios, prosopopéyica, donde se muestra más explícito que lo había sido con Moisés:

«Antes de mí no había dios alguno, y ninguno habrá después de mí. Yo, yo, soy Yavé, y fuera de mí no hay salvador.
»Soy yo el que anuncio, el que salvo, el que hablo, y no hay otro entre vosotros; vosotros sois mis testigos, dice Yavé.
»Yo soy Dios desde la eternidad, y lo soy siempre jamás
»Nadie puede librar a nadie de mis manos; lo que hago yo, ¿quién lo estorbará?» (43^{10,13}).

A El invocarán:

«¿Dónde está el que llevó de la mano a Moisés su brazo poderoso, el que delante de ellos dividió las aguas, haciéndose así un nombre eterno, el que los condujo por en medio de los abismos, como a caballos por el desierto, sin que tropezaran?» (63^{12,13}).

Da Isaías la contestación en el canto a la «Gloria de Yavé en la liberación de su pueblo» (40³). Es el «reino de la paz universal».

«Entonces en todo monte alto y en todo collado sublime habrá arroyos y corrientes de agua, al tiempo de la gran matanza de la caída de las torres. Será entonces la luz de la luna como la luz del sol, y la luz del sol, siete veces mayor, al tiempo en que curará Yavé la herida de su pueblo y sanará las llagas de sus azotes» (30^{25,26}).

Y continúa comparando con su presente desastroso, lo que sería de la Tierra de Promisión un día, quizá reservado para el siglo actual:

«Porque tu tierra, devastada, arruinada, desierta, será ahora estrecha para la muchedumbre de tus habitantes, y se alejarán los que te devoraban» (49¹⁹).

Aquella generación se multiplicaría, extendiéndose en todas direcciones (54^{2,3}), llegando incluso a modificar la denominación de

«la nueva Jerusalén», que sería «salud», «gloria» (60¹⁸), «desposada», nombres opuestos a los actuales:

«No te llamarán ya más la «Desamparada» ni se llamará
»tu tierra «Desierta», sino que te llamarán a ti «Mi com-
»placencia en ella», y a tu tierra «Desposada», porque en ti
»se complacerá Yavé, y tu tierra tendrá esposo» (62⁴).

Considera por un momento el profeta que la esperanza se ha logrado, la muestra como real al auditorio; han visto la grandeza de Yavé, se han arrepentido, e Isaías les exhorta:

«Cantad a Yavé, que hace cosas grandes, que lo sepa la
»tierra toda. Exultad jubilad, moradores de Sión, porque
»grande es en medio de vosotros el Santo de Israel» (12⁵⁻⁶).

Pero también es la Justicia:

«Bienaventurado el justo, porque habrá bien, comerá el
»fruto de sus obras. ¡Ay del impío!, porque habrá mal, reci-
»birá el pago de las obras de sus manos».

Pascual Pascual Recuero

Seminario de Filología Hebraica.

Mayo, 1957.